

XXIX

El hombre y Dios

Mientras se consumaba entre Bálamo y los cinco maestros la terrible escena que acabamos de referir, ningún cambio aparente se había operado en el resto de la casa; sólo que el viejo había visto á Bálamo volver á su cuarto, y llevarse el cadáver de Lorenza, y esa nueva demostración le había sacado de su estupor haciendo renacer en él el sentimiento de cuanto en torno suyo pasaba.

Al ver á Bálamo cargar con el cadáver y bajar así á los pisos inferiores, creyó que aquella era la última, la eterna despedida de aquel hombre, cuyo corazón había despedazado, y le acometió el temor de un abandono que, para él, que todo lo había hecho para no morir, doblaba los horrores de la muerte.

Ignorando con qué objeto se alejaba Bálamo y adónde iba, comenzó á llamar: ¡Acharat! Acharat!

Este era el nombre que le daba en su infancia, y el que esperaba fuese el que más influencia conservaba sobre él.

Entretanto Bálamo seguía bajando; una vez abajo ni siquiera pensó en hacer subir la trampa, y se perdió en las profundidades del pasadizo.

— ¡Ah! exclamó Althotas. ¡He ahí lo que es el hombre! Un animal ciego é ingrato. ¡Vuelve, Acha-

rat! vuelve! ¡Ah! tú prefieres el ridículo objeto llamado mujer á la perfección de la humanidad que yo represento, prefieres el fragmento de la vida á la inmortalidad... ¡Pero no! exclamó al cabo de un instante de silencio; no, el malvado ha engañado á su maestro; se ha burlado de mi confianza como un ladrón: temía verme vivir, á mí que tanto le aventajo en ciencia; ha querido heredar la obra laboriosa á que casi había yo dado cima, y me ha tendido un lazo, á mí que soy su maestro y su bienhechor. ¡Oh, Acharat!

Y poco á poco se iba encendiendo la cólera del viejo, y sus mejillas recobraban un colorido febril; en sus ojos apenas abiertos se reanimaba el sombrío brillo de esas luces fosfóricas que los sacrilegos chicos colocan en los ojos de una calavera.

Entonces exclamaba:

— ¡Vuelve, Acharat! vuelve! ¡Cuidado! pues ya sabes que conozco conjuros que evocan el fuego, y suscitan los espíritus sobrenaturales. En las montañas de Gad he evocado á Satanás, al que los magos llamaban Fegor, y le he hecho abandonar los abismos sombríos y presentárseme; he hablado con los siete ángeles, ministros de la cólera de Dios, sobre aquel monte en que Moisés recibió las tablas de la ley, y con sola mi voluntad he encendido el gran tripode de siete llamas que Trajano arrebató á los judíos... ¡Cuidado contigo, Acharat! ¡Cuidado con lo que haces!

Pero nadie le respondía.

Entonces, cada vez más abrasada su cabeza, decía con voz ahogada:

— ¡No ves, desventurado, que me va á sorprender la muerte como á una criatura vulgar? Escucha, Acharat; bien puedes volver, porque no te haré ningún daño; renuncio al fuego, nada tienes que temer del

espíritu maligno ni de los siete ángeles vengadores, pues renunció á la venganza; y eso que podría causarte tal espanto, que te volverías idiota y quedarías frío como el mármol, porque sé paralizar la circulación de la sangre, Acharat. Vuelve, pues no te haré ningún daño; antes por el contrario, puedo hacerte tanto bien... Acharat, en vez de abandonarme, vela por mi vida, serán tuyos todos mis tesoros, todos mis secretos; hazme vivir, Acharat, para que te los enseñe. ¡Mira! mira!.....

Y señalaba con la vista y con un dedo trémulo la multitud de objetos, de papeles y rollos esparcidos en aquel vasto cuarto.

Luego aguardaba renaciendo, para escuchar, sus fuerzas que se iban debilitando por momentos.

— ¡Ah! tú no vuelves! continuaba. ¡Crees que voy á morir así! ¡Crees que lo heredarás todo por medio de este asesinato! porque tú eres quien me mata... ¡Insensato! Aun cuando supieras leer los manuscritos que solo mis ojos han podido descifrar; aun cuando el talento te diese, por espacio de una vida dos veces y aun tres veces centenaria, mi ciencia y el uso de todos estos materiales recogidos por mí, ¡no! te repito que no me heredarás! ¡Acharat, vuelve, vuelve un momento, aunque no sea más que para presenciar la ruina de toda esta casa, para contemplar este hermoso espectáculo que te preparo! ¡Acharat! Acharat! Acharat!

Nadie le contestaba, porque durante ese tiempo estaba Bálsamo respondiendo á la acusación de los maestros mostrándoles el cadáver de Lorenza asesinada; y los gritos del viejo abandonado eran cada vez más penetrantes, y la desesperación redoblaba sus fuerzas, y sus roncós aullidos, colándose por los pasadizos, difundían á lo lejos el espanto, como los rugidos

del tigre que ha roto su cadena ó las barras de su jaula.

— ¡Ah! ¿conque no vuelves? decía Althotas rugiendo; ¿conque me desprecias? ¿Conque confías en mi debilidad? Pues bien ahora lo verás: ¡fuego! fuego! fuego!

Articuló estos gritos con tal rabia, que Bálsamo, que acababa de libertarse de la presencia de sus espantosos visitantes, despertó de su letargo, volvió á tomar en brazos á Lorenza, subió de nuevo la escalera, puso el cuerpo en el sofá en que dos horas antes había estado descansando, y colocándose en la plancha apareció de pronto á la vista de Althotas.

— ¡Ah! al fin vuelves! gritó el anciano ebrio de gozo; ¡sin duda has tenido miedo! Has visto que podía vengarme, y por eso has venido: has hecho bien en venir, pues si tardas un momento, prendo fuego á esta habitación.

Bálsamo le miró encogiéndose de hombros, pero sin dignarse contestar ni una palabra.

— Tengo sed, dijo Althotas; Acharat, dame agua, que tengo sed.

Bálsamo no se movió, pero miraba al moribundo como si tratara de no perder ni un minuto de su agonía.

— ¡Lo oyes, Acharat? gritó Althotas.

El taciturno espectador guardó el mismo silencio y la misma inmovilidad que antes.

— ¡No me has oído, Acharat? dijo el viejo, desgarrando la garganta para dar paso á su furia; ¡mi agua, dame mi agua!

El semblante de Althotas se iba descomponiendo rápidamente.

Se apagó el brillo que despedían sus ojos, y sólo brotaba de ellos un resplandor siniestro é infernal; la sangre no circulaba bajo su piel, no hacía gesto alguno,

casi no salía de su boca ningún aliento; sus nervudos y largos brazos, en que había llevado á Lorenza como si fuese una niña, se alzaban aun, pero inertes y flotantes como las membranas del pólipo; y la ira había gastado las pocas fuerzas que la desesperación resucitó en él por un instante.

— ¡ Ah! dijo, se te figura que no muero bastante pronto; y quieres que muera de sed. ¡ Ah! devoras con la vista mis manuscritos y tesoros, y crees que ya los tienes en tu poder... ¡ Pues bien! ¡ espera, espera!

Y haciendo un esfuerzo supremo sacó de debajo de los almohadones de su sillón un frasquito: en seguida lo destapó, y con el contacto del aire brotó una llama líquida del recipiente de vidrio, llama que Althotas, á la manera de una criatura mágica, vertió en torno suyo.

Al instante empezaron á arder como la pólvora aquellos manuscritos apilados al rededor del viejo, aquellos libros esparcidos por el cuarto, y los rollos de papel sacados á tanta costa de las pirámides de Cheops y de las primeras excavaciones que se hicieron en Herculano. Una sabana de fuego se extendió sobre el piso de mármol y ofreció á la vista de Bálsamo una cosa parecida á los flamígeros círculos del infierno de que habla Dante.

Althotas esperaba sin duda que Bálsamo se precipitase en medio de la llama para ver de salvar aquella herencia que el viejo destruía destruyéndose á sí mismo; pero se engañaba, pues Bálsamo permaneció tranquilo retirándose á la movable plancha á fin de que la llama no pudiera alcanzarle.

Aquella llama envolvía á Althotas, pero en vez de asustarse no parecía sino que el viejo se hallaba en su elemento y que la llama, como hace con la salamandra esculpida en nuestros viejos castillos, le acariciaba en lugar de quemarle.

Bálsamo seguía mirándole, mientras la llama seguía su curso apoderándose de las maderas y rodeando completamente al viejo: á poco rastreaba al pie del sillón de encina maciza en que aquel estaba sentado, siendo lo más extraño que aunque empezó á devorar la parte baja de su cuerpo parecía que no lo sentía.

Al contrario, con el contacto de aquel fuego, purificador al parecer, fuéronse aflojando los músculos del moribundo gradualmente, y una serenidad desconocida invadió todas las facciones de su rostro como si se hubiera puesto una careta. Aislado del cuerpo en su última hora, parecía que el viejo profeta se preparaba para subir al cielo en su carro de fuego. Omnipotente en aquella hora suprema, el espíritu se olvidaba de la materia, y seguro de que nada tenía que esperar, se trasladaba con energía hacia las esferas superiores á que el fuego parecía querer arrebatarse.

Desde aquel momento los ojos de Althotas, que recobraron la vida cuando se extendió el primer reflejo de la llama, tomaron como punto de vista una cosa vaga y perdida, que ni era el cielo ni la tierra, sino que quería al parecer atravesar el horizonte tranquilo y resignado, analizando las sensaciones y escuchando hasta el menor dolor. Entonces, como si fuera la última voz que resonaba en el mundo, el mago se despidió con sordo acento del poder, la vida y la esperanza.

— ¡ Vamos, vamos! dijo, muero sin sentimiento, porque todo lo he poseído, todo lo he conocido; he podido cuanto es dable á la criatura, y tocaba ya á los límites de la inmortalidad.

Bálsamo soltó una lúgubre carcajada cuyo siniestro ruido llamó la atención del viejo.

Entonces, lanzándole Althotas, á través de las llamas

que le envolvían como un velo, una mirada impregnada de una majestad feroz, le dijo :

— Si, tienes razón; hay una cosa que no había previsto; no había previsto que hay un Dios.

Y como si esta palabra poderosa hubiese arrancado su alma, Althotas se recostó en su sillón y dió su último suspiro á Dios, de quien había esperado sus traerse.

Bálsamo exhaló un gemido, y sin cuidarse de preservar nada de la hoguera preciosa en que se había tendido aquel nuevo Zoroastro para morir, se volvió al lado de Lorenza y soltó el resorte de la plancha, la cual fué á encajarse en el techo, ocultando á su vista la inmensa fragua que hervía como el cráter de un volcán.

Toda la noche estuvo mugiendo la llama sobre la cabeza de Bálsamo como un huracán, sin que éste hiciese nada para apagarla ó libertarse de ella, porque era insensible á todos los riesgos junto al cuerpo también insensible de Lorenza; pero, contra lo que esperaba, después que el fuego lo devoró todo dejando desunida la bóveda de ladrillo, cuyos preciosos adornos había destruído, se apagó, y Bálsamo oyó sus últimos rugidos, que se parecían á los de Althotas, y que degenerando en quejas como las del viejo, murieron en suspiros.

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE

| | Pág. |
|--|------|
| I. — El cuerpo y el alma | 3 |
| II. — El alma y el cuerpo. | 23 |
| III. — La portera de Marat | 53 |
| IV. — El hombre y sus obras. | 48 |
| V. — El adorno de Rousseau. | 60 |
| VI. — Los bastidores del teatro de Trianon | 66 |
| VII. — El cofrecillo. | 86 |
| VIII. — La cena de Luis XV. | 94 |
| IX. — Presentimientos. | 108 |
| X. — La novela de Gilberto | 117 |
| XI. — El padre y la hija | 126 |
| XII. — Lo que necesitaba Althotas para completar su elixir de vida | 154 |
| XIII. — Las dos gotas de agua del duque de Richelieu. | 130 |
| XIV. — La fuga. | 163 |
| XV. — La doble vista | 173 |
| XVI. — Catalepsis | 184 |
| XVII. — La voluntad | 193 |
| XVIII. — Palacio del señor de Sartines | 201 |
| XIX. — El cofrecito | 210 |
| XX. — Plática | 220 |